reció que poseía desde entonces todo el secreto del enigma.

"El buen vidrio, seguramente no podía significar más que un anteojo de larga vista, porque los marinos rara vez emplean la palabra *glass* en otro sentido. Comprendí en seguida que, en este caso, era necesario servirse de un anteojo, colocándose en un punto de vista determinado, no admitiendo variación alguna. De modo que las frases "cuarenta y un grados y trece minutos" y "Nordeste cuarta al Norte", no vacilé un instante en creerlo, deberían dar la dirección para enfilar el anteojo. Sumamente conmovido por todos estos descubrimientos, me marché a mi casa, me hice de un anteojo y volví a la roca.

"Me dejé resbalar sobre la cornisa y me fijé que no se podía estar sentado más que en una sola posición. Esto confirmó mi conjetura. Así, pues, los cuarenta y un grados y trece minutos no podían referirse más que a la elevación del anteojo por encima del horizonte sensible, puesto que la dirección horizontal estaba claramente indicada por las palabras Nordeste cuarta al Norte. Hallé esta dirección por medio de una brújula de bolsillo, y, dando a mi anteojo una inclinación aproximada de cuarenta y un grados, lo moví con precaución de arriba abajo y de abajo arriba, hasta que se fijó mi atención en una especie de agujero o buharda en el follaje de un gran árbol que dominaba a todos los demás en todo el espacio que la vista descubría.

"En el centro de este agujero observé un punto blanco, pero no pude desde luego distinguir lo que era.

"Después de haber enfocado mejor mi anteojo, miré de nuevo, y me convencí, por fin, que era un cráneo humano.

Una vez que hube realizado este descubrimiento que me llenó de confianza, consideré el enigma como resuelto; porque la frase *rama principal, séptimo brazo, lado Este,* no podía tener relación más que con la posición del cráneo sobre el árbol, y este árbol, y este *soltad del ojo izquierdo de la calavera,* no podía tampoco interpretarse sino haciendo referencia al sitio en que debía un tesoro estar enterrado. Comprendí que era preciso dejar caer una bala del ojo izquierdo del cráneo, y que una línea de abeja, o, mejor dicho, una línea recta, partiendo del punto más aproximado al tronco, y extendiéndose *a través de la bala,* es decir, a través del punto donde cayese la bala, indicaría el lugar preciso, y bajo este sitio juzgaba que era, por lo menos, posible que un rico depósito estuviese aún oculto.

—Todo esto—dije—es excesivamente claro, y a la vez ingenioso, sencillo y explícito. ¿Y cuando hubo usted abandonado el castillo del Obispo, qué hizo?

—Pues, después de haber estudiado mi árbol, en su forma y su posición, volví a mi casa. No bien hube abandonado la silla del diablo, el agujero circular desapareció, sin que me volviese a ser posible distinguirlo desde ningún otro sitio. Esto fué lo que mayor admiración me produjo, porque he repetido el experimento y me he convencido de que la abertura circular en cuestión no es visible más que desde un solo sitio, y este único punto de vista es la estrecha cornisa sobre el flanco de la roca.

"En esta excursión al castillo del Obispo había sido acompañado por Júpiter, que, sin duda, observaba desde hacía algunas semanas mi aspecto preocupado, y tenía un cuidado especial en no dejarme solo. Pero, al día siguiente, me levanté muy temprano, logré escaparme y corrí por las montañas en busca de mi árbol. Mucho trabajo me costó dar con él. Cuando llegué a mi casa, a la noche, mi criado se disponía a darme una paliza. En lo que se refiere al

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI000077C600150000